

## CINCUENTA AÑOS DE HISPANISMO: SEMBLANZA DE JEAN BÉCARUD (1925-2014) «DANIEL ARTIGUES»

### 1. UNA PERSONA, DOS HISTORIADORES

Conocí a Jean Bécarud en la primavera de 1978, en el VIII *Coloquio de Historia Contemporánea de España*, organizado por Tuñón de Lara en la Universidad de Pau. Estaba acompañado, o mejor acompañaba, a Antonio y a Evelyne López Campillo, a los que él recuerda más abajo. Para mí era el primer Encuentro de Pau, y para él el quinto, como señala en su ensayo de ego-historia que sigue a estas ideas introductorias. Para cuando le conocí en persona, habíamos devorado ya su libro sobre *La Segunda República española*, que Aranguren había prologado en Taurus en 1967<sup>1</sup>, en una época en la que explicar la guerra civil en España suponía ser vigilado con la presencia de un policía de paisano en las aulas universitarias de Historia Contemporánea. También para entonces había hecho furor el libro de Daniel Artigues sobre *El Opus Dei en España*, que publicó Ruedo Ibérico al año siguiente y cuyo autor no lográbamos identificar en Salamanca. En las tertulias y cafés de los universitarios salmantinos se había especulado sobre quién era él, y sobre todo se había barajado, no sin cierto morbo, la lista de miembros de la Obra que el libro contenía al final y sobre cuál sería su fuente.

Cuando le vi en Pau, no podía suponer que, detrás de ese hombre correctísimo, culto, amable, agudo, tímido y delgado, se escondía no solo una personalidad; ésta ocultaba dos historiadores, como él mismo me confesaría al final del congreso, desvelándome su identidad como Daniel Artigues. Él suponía que yo lo sabía, pero solo entonces descubrí la pluma que se ocultaba detrás del *Daniel Artigues* que tanto nos había hecho conjeturar en la Universidad de Salamanca; un autor que podía suponerse tanto francés como español, pues el nombre y apellidos eran

1. Nos excusamos de reseñar la ficha biográfica de cada una de sus obras citadas, lo mismo que las señaladas en el propio escrito del autor, dado que, con la gentileza de Paul Aubert, publicamos una bibliografía de Jean Bécarud preparada por el propio Aubert, al que agradecemos su generosidad.

idénticos en ambas lenguas, como el afirma en sus recuerdos, transcritos más abajo.

Al regreso desde Pau a París, en tren, él en primera y yo en clase turista, me invitó a cenar en el vagón restaurante. Cuando al caer la tarde, hora francesa, estábamos ya preparados en la mesa del restaurante, de cuatro plazas, vino a sentarse a nuestro lado, en la misma mesa, una locuaz americana recién llegada de la Universidad de Navarra. Cuando ella se presentó, informando de su procedencia, Jean Bécarud se levantó del asiento como un resorte y me dijo: «Discúlpeme (el trato era de Vd. como en buena educación francesa y dado nuestro escaso conocimiento mutuo), quédese a cenar, está acompañada, yo no me encuentro bien y debo irme» —poco más o menos—. Así fue como Jean Bécarud me invitó a cenar por primera vez y *Daniel Artigues* me dejó plantada en la mesa —muy educadamente—, temeroso de espionajes sobre la identidad de este seudónimo y muy celoso de guardar el anonimato de esta segunda personalidad, que le proporcionaba una libertad de expresión sin comprometer la institución ni el Estado para el que trabajaba. La presencia de una persona procedente de la Universidad de Navarra le impulsó a resguardar de miradas indiscretas esta segunda personalidad. Su puesto de funcionario en el Senado francés dificultaba a Jean Bécarud la toma de postura pública ante la situación política española y sus actores. *Daniel Artigues* guardaba muy celosamente su identidad, mientras le permitía expresarse públicamente sin cortapisas. Con su «desplante» y estas confesiones —yo me levanté con él y abandoné el restaurante, también sin cenar— nació nuestra inquebrantable amistad. Había descubierto en él la libertad de expresión en la escritura de la historia, más allá de contextos y de circunstancias, mientras en España se conquistaban las primeras libertades públicas.

### 1.1. *Aproximación biográfica*

Jean Bécarud había nacido en 1925 en la Provenza, con la que se identificaba. En Aix-en-Provence realizó sus estudios secundarios, en un colegio católico de dominicos —lo que puede explicar su posterior colaboración en las publicaciones de éstos—, y algunos años de Facultad. Obtuvo el Diploma de Estudios Superiores en historia y geografía en la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París. Se doctoró en 1952 en la Sorbona con una tesis, dirigida por Ernest Labrousse y titulada *Esbozo de una geografía electoral del Partido Comunista Francés en el periodo de entreguerras (1920-1939)*. Trabajo pionero no solo por el tema de sociología electoral, sino por el tiempo que analiza: un verdadero trabajo de Historia del tiempo presente, mucho antes de que esta se consagrara en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (desde 1977) y en el Instituto de Historia del Tiempo Presente, poco después. Como el afirmará en su escrito que publicamos más abajo, este aprendizaje en sociología electoral le será de gran utilidad para aplicarlo a España, en una de sus primeras investigaciones sobre nuestro país, dedicada a la II República española, realizada para obtención de un Diploma en la Escuela Nacional de

Ciencias Políticas de París (ENSP), que daría lugar al primer libro que hemos citado más arriba, pionero en la materia.

Tanto el doctorado como este último diploma citado los obtuvo ya siendo funcionario en el Consejo de la República (correspondiente al Senado en la IV República) puesto que ocupaba desde la inmediata postguerra, en 1946, y en el Senado después, en la V República. Llegaría a ser director de la Biblioteca del Senado francés, que le ofrecería una atalaya no solo sobre la política y los temas importantes del momento en Francia, sino en otros países europeos.

España estuvo siempre en su mirada desde que la descubrió intelectual, y personalmente también, recorriéndola insistentemente de norte a sur y de este a oeste en muchos veranos sucesivos, primero, y revisándola con una mirada directa penetrante, intelectual después, para reflejarla en las revistas intelectuales y en los medios de comunicación franceses. Este conocimiento personal profundo se enriquecería con los múltiples círculos de intelectuales o de amigos en los que se integró tempranamente en sus viajes a España, y que él describe con detalle.

No puede comprenderse a fondo la Historia de España de la segunda mitad del siglo xx sin mirarla desde fuera adentro, con perspicaces miradas, como la de Jean Bécarud. Y si su biografía da fe de esta su mirada centrípeta, sus múltiples y continuados escritos en las revistas y en los medios de comunicación franceses atestiguan una mirada centrífuga, de la que no somos capaces de apreciar su importancia. Nuestro país no sabrá agradecer ajustadamente el papel de este hispanista que, si no se prodigó en las aulas universitarias, realizó un análisis y una información seria, documentada, crítica, permanente, atenta y comprometida sobre la situación española a la sociedad francesa, desde las revistas de gran altura intelectual hasta la prensa diaria. Con él, la cultura española no pasó desapercibida en la opinión francesa, en una época en que la sociedad gala, en general, experimentaba escasa curiosidad por las cosas de España y ninguna atracción por la oscura y sometida sociedad española.

Él mismo dejó plasmada parte de esta peripecia vital en un escrito autobiográfico —ensayo de ego-historia, le llamaríamos hoy—, que publicamos a continuación, cuyo original mecanografiado nos ha proporcionado su viuda, Nicole Bécarud, a la que agradecemos profundamente este gesto<sup>2</sup>.

2. No obstante el texto no había permanecido inédito. «El itinerario de un hispanista en época de Franco» apareció en español, traducido por Marga González y revisado por Federico Romero, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 39, Madrid, 2000, pp. 39-62. Su versión original francesa también ha visto la luz en 2015 en el citado *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 50, pp. 333-350, que se acompaña de «Compte rendu que consacrera à l'oeuvre de Jean Bécarud, *La deuxième République espagnole*, Manuel Tuñón de Lara dans la revue *Esprit* à l'automne de 1963» (*op. cit.*, p. 332); y se completa con un «Appendice», que incluye: «Cesar Alonso de los Ríos, "José Bergamín y su *Cruz y Raya*", *Triunfo*, n.º 615, 13 juillet 1974, p. 37, interview dans laquelle l'écrivain s'en prend à Jean Bécarud dans ces termes», «La réponse de Jean Bécarud: Bécarud y *Cruz y Raya*», *Triunfo*, n.º 625, 21 septembre 1974, pp. 54-55; y «Réplique de José Bergamín, *Triunfo*, 12 octobre 1974, p. 55», *Bulletin*

La lectura de este documento autobiográfico puede ser completada con la imprescindible semblanza de este hispanista, publicada por Paul Aubert<sup>3</sup> en el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 50, y con la bibliografía publicada por el mismo autor en este mismo número. Nuestro agradecimiento es también muy sincero al propio Paul Aubert que nos ha permitido reproducir la citada bibliografía, imprescindible para comprender y completar el texto autobiográfico de Jean Bécarud.

Josefina Cuesta  
Universidad de Salamanca

## 2. ITINERARIO DE UN HISPANISTA EN TIEMPOS DEL FRANQUISMO<sup>4</sup>

En los años treinta, razones familiares motivaron que mis vacaciones de verano en la montaña, tradicionales para los niños provenzales, transcurrieran, durante varias temporadas seguidas, no en los Alpes vecinos, sino en los Pirineos.

El verdor, los bosques, las saltarinas aguas de la región de Luchon me encantaron y, después, en el fondo del valle, detrás de las crestas ondulantes y azuladas, había otro país, España. Tres sílabas musicales que hablaron muy pronto a mi imaginación; soñaba con penetrar en una tierra extranjera que adivinaba profundamente diferente de Francia, y que me imaginaba con un encanto un poco mágico. Luchon comunica con el Valle de Arán a través de la muy fácil colina del Portillón. Era frecuente subirla a pie. De esta forma, en 1933, un muchacho de ocho años pudo alcanzar la frontera, caminar algunos pasos más allá de la línea simbólica y percibir los tricorrios de charol de sus primeros guardias civiles...

### I

Después de esta precoz pero fugitiva visión de un país entonces republicano, los acontecimientos de 1936 pronto atrajeron sobre España la atención de

---

*d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, op. cit., pp. 350-352. Con este material, el lector español puede comprender mejor la polémica a la que se refiere Bécarud en su autobiografía.

3. «Jean Bécarud (1925-2014)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, op. cit., pp. 327-329.

4. Se conservan algunos originales de Memorias escritas por Jean Bécarud, él habla de al menos tres textos diferentes: «Después de dos textos consagrados, el primero, a describir mi itinerario político hasta mi entrada en la administración parlamentaria, el segundo, a aclarar mi trayectoria de hispanista en tiempos del Franquismo, mi preocupación actual es remontar a los orígenes. Quisiera proceder a una especie de inventario intelectual sin indulgencia ni pretensión sobre todo el periodo anterior a mi vida profesional y al comienzo de mis actividades histórico-literarias». Así inicia su escrito «Un aprendizaje intelectual (1930-1946)». Reproducimos aquí el segundo citado por él, por el interés que puede tener para la historiografía española, aunque como anunciamos más arriba ya fue publicado en España en el año 2000.

mi entorno. Se hablaba de sublevación militar, se rechazan los asesinatos de los curas. Verdaderamente, yo permanecía fuera de todo esto. ¿Era ya una cierta reticencia a dejarme influir, o más simplemente, influencia de las preocupaciones escolares ante el bachillerato? Por otra parte, incluso el éxodo masivo de 1939 no despertó más que un débil eco en mi colegio religioso de Aix-en-Provence, que en otro tiempo había sido de Charles Maurras y que sin embargo entonces mantenía simpatías demócrata-cristianas. Con la Guerra, la Derrota y la duración de la Ocupación alemana, la imagen de España se eclipsó. Sin embargo, yo recuerdo haber observado, no sin alguna sorpresa, que fue Lequerica, embajador de Franco, quien sirvió de intermediario en las negociaciones del Armisticio de 1940. Al año siguiente quiso también el azar que me encontrara en mi pueblo natal cuando le atravesó el imponente cortejo de automóviles que llevaban a Franco desde la frontera italiana, donde él se había entrevistado con Mussolini, hasta Montpellier, donde debía saludarle el Mariscal Pétain.

Pero no fue, verdaderamente, hasta París, en 1945, donde se despertó y se afirmó mi interés por España. Alumno de la Escuela de Ciencias Políticas, tuve que elegir una segunda lengua viva, para sumar al inglés. Yo opté por el español, la sonoridad del castellano me gustaba, en la Escuela se intentaba hablarlo y se traducían textos literarios. Uno de ellos me llamó la atención, una página de Pío Baroja que evocaba, con notable realce, la ciudad de Cuenca en el siglo pasado. Me confirmé en la idea de que España era verdaderamente un país aparte. Incluso seguía siéndolo, en ese mismo momento, pero por otras razones, relativas a su régimen [político] y a su comportamiento durante el conflicto que estaba a punto de terminarse.

La prensa [francesa]<sup>5</sup>, que ya se había transformado en libre, evocaba con facilidad la Guerra Civil, y también pudo presentarse «*L'Espoir*»<sup>6</sup>, la película rodada en directo por Malraux, extraída de su célebre novela. La vi una tarde en el cine de los Campos Elíseos. Fue un fagonazo. Por primera y única vez en mi vida no me moví de la butaca y me quedé a la sesión siguiente. De golpe, la guerra Civil de España se me manifestó en su dimensión de episodio fundamental de la historia contemporánea. Hasta entonces había leído poco a Malraux, y me sumergí, sin duda, en *L'Espoir*; después pasé a Hemingway y a *Por quién doblan las campanas*<sup>7</sup>. Realicé otras lecturas que me permitieron percibir la complejidad de la situación española en los años treinta y me entraron ganas de saber más sobre todo ello.

Pero yo realizaba entonces mi estreno profesional en el Senado y tenía curiosidad por conocer Inglaterra, tanto me habían marcado los libros de André Maurois,

5. Las palabras entre corchetes son agregadas por la traductora.

6. *L'Espoir* es el título de una novela escrita por André Malraux, sobre la guerra de España, publicada en diciembre de 1937 por Gallimard y de una película homónima que el propio Malraux dirigió ese mismo año, con Andrés Mejuto, Nicolás Rodríguez, José Lado como actores.

7. *Por quién doblan las campanas* (*For Whom the Bell Tolls*), novela publicada en 1940 de Ernest Hemingway que, como Malraux, participó en la Guerra de España, y que daría origen a la película homónima, dirigida por Sam Wood en 1943.

del *Coronel Bramble*<sup>8</sup> a *Disraël*<sup>9</sup>, devorados durante mi adolescencia. Varias temporadas vividas más allá del canal de la Mancha me permitieron gustar los paisajes de «Lake District» y el vagabundeo por Londres. Este intermedio inglés coincidió con el ostracismo internacional que golpeó a la España franquista; la frontera franco-española se encontraba cerrada. Cuando en 1950, se abrió de nuevo, volví a pensar en España. ¿Por qué no ir enseguida a ese país que seguía atrayéndome?

A comienzos del otoño de 1950, salí para Barcelona vía Puigcerdá. Guardo un recuerdo muy vivo de este viaje en un tren atestado en el que eran raros los extranjeros, reinaba allí una promiscuidad cálida completamente mediterránea. Mediterránea, exactamente lo mismo me pareció Barcelona, que visitaba como turista consciente; una metrópoli más amplia y mejor construida que Marsella y tan alegre, al menos en apariencia, especialmente teniendo en cuenta las condiciones de vida, que se percibían difíciles.

Al regreso, había decidido pararme en la Costa Brava, y elegí el pequeño puerto de Blanes, donde pasé algunos días. Allí percibí por primera vez, mejor que en Barcelona, el retraso del país y cómo consideraba toda estancia en España como un viaje al pasado. Conocía bien Bandol o Sanary, localidades provenzales totalmente análogas a Blanes. Y sin embargo, ¡qué diferencias!, ésta se encontraba transportada a varios decenios anteriores, las calles no estaban asfaltadas, los coches ausentes. Para trasladarse de una cala a otra, los pocos veraneantes rezagados, todos buenos burgueses de Barcelona, utilizaban el caballo, los más jóvenes al menos. Muy cerca de mi pequeño hotel, delante de la playa, había una farmacia, cuyo propietario reunía por la tarde a algunos amigos y sacaba las sillas para la tradicional «tertulia». Enseguida llamó a este joven francés solitario que chapurreaba un poco de español; la conversación seguía siendo bastante banal pero en ella se insistía con frecuencia en lo que para España representaba el regreso de visitantes extranjeros. Esta sociabilidad inmediata me llamó la atención, al mismo tiempo que, en otro terreno, las señales del respeto prodigado al clero. En el camino de vuelta, justo antes de salir, un sacerdote subió en el pequeño coche que me conducía a la estación vecina, fue acogido con obsequiosos saludos e instalado en el mejor asiento...

De este primer y rápido contacto saqué la impresión de un país meridional, simpático y retrasado, bastante próximo de mi Provenza natal, que merecía ser mejor conocido, tanto más cuanto que su situación política, al menos tal como podía percibirla un visitante que entonces no se interesaba especialmente por ella, parecía relativamente estabilizada. Pero ¿Cataluña era la verdadera España? ¿No era hacia Castilla y Madrid donde era preciso ir? Lo percibía confusamente. El choque decisivo se produjo al año siguiente, en un segundo viaje. He sido siempre extremadamente sensible tanto a la diversidad de los paisajes como a la variedad de los ambientes urbanos. Mis concienzudos estudios de Geografía, al mismo tiempo que de Historia, no habían hecho más que desarrollar esta especie de disposición

8. Primera novela publicada por André Maurois en 1917, sobre la Primera Guerra Mundial.

9. MAUROIS, André (1885-1967): *La Vie de Disraëli*. Paris: Gallimard, 1927.

natural. En el mes de junio de 1951 se produjo mi primer encuentro con la «meseta», entre Burgos y Valladolid, que permaneció inolvidable. Me dirigía a Madrid en pequeñas etapas, y había cogido un tren «correo» con los antiguos vagones de madera propios de una película del oeste. Desde su plataforma, el lento tren me permitía contemplar, bajo un sol de fuego, toda la amplitud de sus inmensas llanuras, grises u ocres, con algunas raras manchas de verdor; estaba muy lejos de los risueños campos de la Touraine o del Poitou que había atravesado los días anteriores; aquí y allá, pueblos terrosos, agrupados en torno al campanario, eran los únicos que recordaban la presencia humana; no había otras construcciones, ni granjas aisladas, sino, sobre todo ello, una luz de una limpidez sin parangón. En cuanto a las ciudades, cada una tenía su personalidad propia. Ninguna me sorprendió tanto como Ávila, donde me encontraba el 27 de junio, día de «mi santo». Allí se permanecía proyectado fuera del tiempo; ningún turista, yo estaba solo en mi hotel frente a la catedral. Encorsetada en sus murallas, Ávila no parecía haberse movido desde hacía siglos. Erré por calles casi vacías, mi mirada se detenía los vastos horizontes que se descubrían desde las murallas. Me había conquistado. Retrospectivamente, continúo aún hoy sorprendido por esta exaltación estética que me hacía rechazar a un segundo término todo lo referente a la política, comprendido también ese acontecimiento formidable que había sido la Guerra Civil. Me parecía pasada la página. El país había encontrado su rostro inmutable. Mi estancia en Madrid no puso en entredicho esta percepción del Régimen como una especie de hecho consumado. Casi no salía del centro, y me sentí rápidamente a mis anchas en una ciudad animada, viviente; los ciegos vendían billetes de lotería, los vendedores ambulantes de la calle ofrecían cigarrillos al por menor y, a veces, pan blanco no autorizado; se percibía que la vida cotidiana debía ser precaria para muchos, pero la animación de la Capital, en un contraste tan fuerte con la parsimonia de Ávila, lo arrebatava todo. Después de Madrid, Toledo, tan celebrado por los viajeros extranjeros, no me dejó imágenes tan fuertes como las que llevaba de la Vieja Castilla.

### III

De regreso a Francia, todo esto cristalizó. Había nacido una vocación, quedé invadido por una especie de pasión por un país que ya no figuraba en el «banco» de las naciones, también estaba, entonces, lejos de estar a la moda. En primer lugar, decidí aprender su lengua lo mejor posible (método «Assimil» y después estudio sistemático de la gramática). Enseguida comencé a iniciarme en la literatura, orientándome hacia obras contemporáneas, entre ellas, en primer lugar, los libros de viaje, los de Unamuno especialmente, que tan bien evocaban Castilla. Después, la poesía, Lorca y sobre todo Machado; con mayor dificultad hubiera podido elegir Cervantes y el Siglo de Oro pero me atraían menos, lo lamento incluso hasta el día de hoy. Música popular, flamenco, y tauromaquia incluso, tampoco las dejé de lado. Empecé a reunir una biblioteca sobre España de obras tanto en español

como en francés o en inglés. Después, a partir de 1952, cada vez que las circunstancias me lo permitían, atravesaba la frontera en busca de los contrastes de un país del que había percibido su extrema diversidad. Al mismo tiempo tomaba conciencia, cada vez más, de los enfrentamientos que habían marcado su historia de los que yo descubría la huella por doquier.

Así se abrió, entre 1952 y 1961, año en el que mi matrimonio cambió mi ritmo de vida, un periodo de viajes repetidos, una buena veintena si los cuento bien, de los es necesario que precise su carácter. Se trataba de una exploración casi metódica del territorio español, con sus regiones tan diferentes entre ellas. Sin olvidar las grandes ciudades, daba prioridad a las pequeñas capitales provinciales donde se había mantenido mejor la impronta del pasado. De Galicia a Andalucía, de Aragón a Extremadura, he recorrido el conjunto de la península en todos los sentidos, siempre sensible a su originalidad, siempre impresionado por el sentimiento de extrañamiento total que encontraba allí. Viajaba casi siempre solo, salvo durante el verano de 1954 en el que, ávido de hacer compartir mi entusiasmo, había arrasado a algunos amigos próximos en una gira automovilística que nos condujo del Levante valenciano a la costa cantábrica.

Había, en primer lugar, el ritual paso de la frontera, frecuentemente por Irún, con el pellizco en el corazón que acompañaba la entrada en una tierra, siempre «diferente a las otras», con el control altanero del equipaje por los carabineros. Enseguida, la cabina de un Sur-Exprés a lo Valéry Larbaud, gracias al cambio favorable [de moneda], con sus marqueterías lujosas, pero gastadas; un recorrido nocturno lleno de baches, el despertar por Ávila o por El Escorial y, al fin, la llegada a un Madrid que estaba aún desprovisto de los verdaderos barrios residenciales. Pero no frecuentaba solo los trenes de lujo. Todos esos años, ¡que largas horas pasadas en los vagones bamboleantes! La frente pegada a las ventanillas, yo me impregnaba del espectáculo de «la ancha y triste España». Un trayecto como el de Valladolid a Soria a bordo del «Shanghai», ese exprés célebre en la época, que unía —lentamente— La Coruña a Barcelona, queda en mi recuerdo como uno de los más característicos... Pero yo no era menos sensible a la melancolía céltica de la ría de Noya o a la gracia de los «pueblos blancos» andaluces. He podido reunir así un verdadero stock de imágenes de una vieja España parcialmente desaparecida hoy; imágenes, en el sentido propio del término, porque hacía fotografías con pasión, multiplicando los clichés de plazas con arcadas o de fachadas platerescas. De Cuenca, por ejemplo, entonces tan dormida como la habían evocado Baroja o Pérez de Ayala, conservo una serie de fotos, convertidas hoy en documentos de época, con «burros» que trepaban por las pendientes calles, entre casas descuidadas que abrigan entonces los talleres de pintores a la moda.

Después del de Castilla, el descubrimiento de Andalucía resultó también memorable. Había llegado a Cádiz por mar, desde Marsella; de ahí me dirigí a Sevilla



en tren, el trayecto, «barrésien»<sup>10</sup>, de la estación al hotel, se efectuaba en calesa asaltada por jóvenes vendedores de jazmín. Más aún que Sevilla, me encantó Córdoba, más reservada y tan próxima aún a Merimée<sup>11</sup>. Es verdad que, gracias a mis relaciones españolas de París, pude encontrar a un joven pintor entonces ignorado, Antonio Povedano<sup>12</sup>, que llegaría a ser un artista conocido y el más excelente de mis amigos. Simpatizamos enseguida y por intermedio suyo entré en contacto, por primera vez, con un pequeño círculo de gentes cultivadas, algunos mitad-periodistas mitad-poetas, como los que existían en la época en muchas capitales de provincia. Se realizaban reuniones regulares, en ciertos momentos de la jornada, bien en tabernas, bien en grandes cafés, pero en los que la clientela seguía siendo exclusivamente masculina. Por razones geográficas, Povedano había sido movilizado [en la guerra civil] del lado de Franco, y no hablaba jamás de sus propias experiencias militares. Pero, a nuestro grupo se sumaba a veces un antiguo «boticario» de más edad, antiguo alcalde de un pueblo de los alrededores, que había pasado varios años en prisión. Respetado por todos, manifestaba en su comportamiento y en sus declaraciones una especie de prudencia un poco temerosa que me hacía presentir los dramas que habían perturbado tantas existencias. Fue una de las primeras veces donde la fractura, invisible pero siempre presente, entre los antiguos «rojos» y los otros se me reveló en su realidad cotidiana, a pesar de que la política no ocupaba, poco más o menos, ningún lugar en nuestras conversaciones. Tuve la ocasión de regresar muchas veces a Córdoba, incluso hasta la de ser recibido por el obispo, un dominico vestido de blanco<sup>13</sup>, muy pro-franquista con anterioridad, y reconvertido ahora a la acción social y a la construcción de viviendas baratas y populares. Rodeado de su séquito, este poderoso personaje se mostró, debo decirlo, amable y más bien ponderado en su apreciaciones.

Povedano me hizo visitar las grandes aglomeraciones semi-urbanas semi-rurales de la provincia: Baena, Lucena, Priego, visibles desde muy lejos, a través de

10. N. de la T.: Entendemos que se refiere a la época de Auguste-Maurice Barrès (1862-1923), que fue un escritor, político y publicista francés.

11. N. de la T.: Prosper Mérimée (1803-1870) fue un escritor, historiador y arqueólogo francés. Amigo de la emperatriz Eugenia de Montijo, es el conocido autor de la novela corta *Carmen* (1848), que sería inmortalizada en la famosa ópera homónima de Georges Bizet.

12. N. de la T.: «El pintor Antonio Povedano (1018-2008), [...] había nacido en el Sabariego, aldea del municipio jiennense de Alcaudete, [...] falleció en Córdoba a los 89 años de edad. Le gustaba contar que “empecé a dibujar antes de saber leer; recuerdo que dibujaba en los márgenes de las cartillas”. El artista, considerado uno de los creadores contemporáneos españoles más importantes, fue pionero de la abstracción en España y famoso por sus paisajes y vidrieras. [...] En 1963 consiguió por oposición la plaza de Dibujo en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, en la que impartió clases hasta su jubilación». [http://www.diariocordoba.com/noticias/cultura/muere-antonio-povedano-pionero-abstraccion-89-anos-edad\\_428920.html](http://www.diariocordoba.com/noticias/cultura/muere-antonio-povedano-pionero-abstraccion-89-anos-edad_428920.html); pueden verse también: <http://www.antoniopovedano.es/>; y <http://www.amigosdealcaudete.com/novedades/personas/apovedano.htm> (consultadas 30 de noviembre de 2016).

13. N. de la T.: Puede referirse a Albino González Menéndez Reigada, O. P. (obispo de Córdoba de 1946 a 1958), al que sucederían Manuel Fernández-Conde García del Rebollar (1959-1970) y José María Cirarda Lachiondo (1971-1978).

las extensiones monótonas de la «campiña», con sus largas calles de casas cuidadosamente blanqueadas, sus palacios señoriales, sus acogedores «casinos». Tuve ocasión de ver el pequeño pueblo en el que aún vivían los padres de mi amigo, la humilde y tan limpia casa campesina, con la sala común que las bestias debían atravesar para llegar a la cuadra. Antonio, próximo de su tierra, se preocupaba de los problemas agrarios y, gracias a él yo pude ver, sin intermediario oficial, uno de estos pueblos creados enteramente por el «Instituto de Colonización», en parcelas recientemente transformadas en regadío y, que en la época, resultaban bastante excepcionales para un extranjero.

## IV

Paralelamente a estos viajes, yo proseguía en París mi amplia investigación sobre el pasado y el presente de los españoles, que encontró muy pronto el campo de aplicación que necesitaba. Tenía, desde hacía tiempo, relaciones personales con los dominicos, frecuentaba su editorial y conocía sus diversas publicaciones. La más notable de entre ellas, *La Vie Intellectuelle* había jugado un papel fundamental, al mismo tiempo que el semanario *Sept*, en las polémicas agitaciones que la Guerra de España había hecho surgir entre los católicos franceses. Próximas de Mauriac y de Maritain, las revistas de los dominicos habían sostenido la causa de los vascos y habían manifestado reservas expresas sobre el concepto de «guerra santa» [Cruzada] y sobre el apoyo que muchos católicos habían dado a Franco. Quince años después, *La Vie Intellectuelle*, en la que yo comenzaba a colaborar, se expresaba muy raramente sobre España. Es verdad que el régimen franquista había sobrevivido a la Guerra Mundial, al boicot internacional, y que, encerrado en sus certidumbres, parecía sólido. Toda una parte de la opinión francesa tomaba acta de la situación sin interrogarse demasiado o, incluso, la veía con más o menos satisfacción. En la izquierda, el mito de la Guerra de España permanecía muy vivo, suscitando en algunos un rechazo deliberado a viajar al país de Franco. Para mí el primero, las escenas y los diálogos de *L'Espoir* conservaban su fuerza, pero yo los situaba ahora mejor en su contexto histórico; conocía suficientemente el país y su pasado reciente como para dejar de plantearme, yo también, multitud de cuestiones. La una, esencial, me concernía personalmente. Si yo hubiera sido, durante el verano de 1936 un joven católico español de espíritu abierto ¿Cuál hubiera sido mi elección en el clima de tensión extrema que reinaba entonces? Pues la innegable y brutal ola antirreligiosa y tantos otros factores, algunos circunstanciales o puramente locales, hubieran influido, de forma que me era imposible determinar cuál hubiera sido mi opción o el campo en el que me hubiera alistado. Era preciso, pues, evitar todo maniqueísmo sumario y yo tomé el partido de atenerme a ello.

Por otra parte, cuando me encontraba en España, observaba, escuchaba y, a pesar de la reserva prudente que era entonces la regla entre mis amigos de Córdoba, por ejemplo, entreveía divergencias, que reencontraba en los periódicos que hojeaba. La misma omnipresencia católica, tan general y frecuentemente tan

fuerte, no era monolítica, lo percibía cada vez más. Una revista, como *La Vie Intellectuelle*, uno de cuyos objetivos mayores, muchas veces repetidos por su director, el P. Maydiéu, era hacerse eco de las más diversas corrientes que atravesaban el catolicismo más allá de nuestras fronteras, debía de mirar de nuevo hacia España; era preciso prestar atención a las evoluciones en curso y dar cuenta de ellas. Dos obras, publicadas en 1948, me proporcionaron la ocasión: *España como problema*, de Pedro Laín Entralgo, y *España sin problema*, de Rafael Calvo Serer. Estos dos libros, leídos atentamente, me confirmaron que la España franquista también estaba atravesada por corrientes ideológicas distintas, y que se había producido un debate fundamental, en el que los elementos religiosos ocupaban un lugar esencial, entre «comprensivos» y «excluyentes», por retomar la terminología de la época. De un lado, Laín Entralgo, médico y universitario, ciertamente católico y falangista, pero muy influenciado por la generación precedente, Unamuno y Ortega, exponía lo que él consideraba el problema específico de España en los cien últimos años. Es decir, simplificando las cosas, trazaba las etapas de la fractura que separaba a los representantes de un pensamiento que pretendía emanciparse de imperativos religiosos rígidos, por un lado, y por otro, los defensores de la tradición intransigente en la que identificaban España y la catolicidad: el conflicto entre estas dos tendencias, al generalizarse y endurecerse, había sido una de las causas mayores de la tragedia de 1936. Sin renegar de su ideal y en nombre de un «sentimiento católico de la existencia», Laín se dirigía a la otra España, interrogándose sobre los posibles acercamientos más allá de todo eclecticismo superficial.

Nada de eso se encontraba en Calvo Serer, también profesor de universidad, quien sobre todo se reclamaba de la herencia de Menéndez Pelayo, y rehusaba todo lo que se alejaba de la ortodoxia nacional y católica más estricta. Para él no había dos Españas, sino una, cuya legitimidad histórica, definitivamente confirmada por la victoria de 1939, debía ser proclamada sin complejo. Contrarrevolucionario y antiliberal, Calvo Serer —evolucionará más tarde— afirmaba que España tenía problemas que resolver, pero que ella ya no era un problema; era preciso convencer y, todo lo más, asimilar lo que era asimilable. Me esforcé en presentar las dos tesis en presencia, evidentemente favorable no sin muchas reservas a la posición de Laín, en un extenso artículo titulado «El Problema español según algunos libros recientes». *La Vie Intellectuelle* lo publicó en junio de 1953. En su relectura, este primer texto consagrado a España me parece muy somero, sin embargo no pasó desapercibido al otro lado de los Pirineos. No se habían olvidado las posturas adoptadas por la revista en el trascurso de los años 1936-1939 y el ver que la publicación más importante de los dominicos de París volvía de nuevo su mirada a España no carecía de significado. Además, acontecía entonces que el Régimen franquista, buscando el apoyo de un sector determinado del mundo católico, acababa de iniciar una política de relativa apertura, al menos en la Enseñanza Superior. Joaquín Ruiz Jiménez, antiguo Embajador ante el Vaticano, nombrado Ministro de Educación, era el protagonista principal de esta tentativa de liberalización; en una elección simbólica, él mismo había nombrado Rector de la Universidad de

Madrid a Pedro Laín Entralgo. De paso por Madrid, anuncié mi presencia a Pedro Laín y convinimos que iría a verle en el viejo «caserón» de San Bernardo donde se encontraba su despacho. Esta visita ha quedado muy presente en mi memoria; al atravesar la antesala rectoral vi a varias personas que aparentemente esperaban ser recibidas, el ordenanza tomó mi carta e hizo pasar al joven francés antes que todo el mundo. En su amplio despacho, donde las imágenes simbólicas del régimen ocupaban su espacio ostensiblemente, fui acogido por un hombre afable, cordial, frente a un interlocutor aún muy novato en hispanismo... En el curso de nuestra conversación, evoqué otro libro que el Rector de Madrid había consagrado a la Generación de 1898, y le señalé cómo esta obra se encontraba en el origen de mi predilección particular, y siempre conservada, por Unamuno y Antonio Machado.

Pedro Laín era, lo he señalado ya, uno de los jefes de fila de la política de apertura liberalizante emprendida por Joaquín Ruiz Jiménez. Durante esta misma estancia en Madrid, realicé otro encuentro de una importancia decisiva en todos los aspectos, la de un amigo muy próximo de Laín, José Luis Aranguren, al que un eminente filósofo dominico de París, el P. Dubarle, tenía en alta estima y me había aconsejado verle. En el momento de su desaparición, en 1996, Aranguren se había convertido, *mutatis mutandis*, en el sucesor de Unamuno y de Ortega; como ellos, se había convertido en la figura de un personaje excepcional, admirado y criticado, pero cuya estatura se imponía a todos. Incluso en el trascurso de su existencia, sus libros, sus numerosas intervenciones en la prensa, marcadas de una total e imprevisible libertad de espíritu, le habían hecho ocupar poco a poco un lugar bien análogo al de sus ilustres predecesores. No es este Aranguren el que quiero evocar aquí. Más de cuarenta años antes, cuando yo le vi por primera vez, era entonces casi un debutante, cuya audiencia, por real que fuera, no sobrepasaba la de un círculo restringido. Pero él representaba el tipo de intelectual católico, completamente aparte de la España franquista. Autor de dos libros remarcables sobre el Protestantismo<sup>14</sup>, publicaba también artículos que abordaban las cuestiones religiosas con tanta libertad de tono como le permitía una censura siempre vigilante. Estos textos, frecuentemente de carácter autocrítico, reunidos un poco más tarde bajo el título de *Catolicismo día tras día*<sup>15</sup>, le harán acceder a una verdadera notoriedad, uno de ellos será publicado en *La Vie Intellectuelle*. Cuando yo le vi, era ya titular de ética de la Universidad de Madrid, que Laín le había aconsejado solicitar y que él había conquistado después de «oposiciones» ¿memorables? Confieso que ya no me acuerdo. En todo caso, su comportamiento no fue el de un personaje investido de una función importante. Me encontraba ante un hombre de físico ingrato, pero cuya calurosa sencillez y capacidad de escucha me inspiraron una inmediata simpatía. Simpatía que debía transformarse pronto en una auténtica y profunda

14. N. de la T.: Recordemos especialmente: ARANGUREN, José Luis L.: *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia*. Madrid: Revista de Occidente, 1952, con sucesivas reediciones en 1957 y 1963, entre otras.

15. N. de la T.: Editorial Noguer, 1955.

amistad. Descubrí enseguida la muy vasta cultura de José Luis Aranguren; en él, además, la amplitud de sus conocimientos y el gusto por las ideas se aunaban con una atención a la evolución del mundo, una disponibilidad que conservó durante toda su vida. Al escribir esto, soy plenamente consciente de la suerte que he tenido al encontrar a alguien que verdaderamente me tomó de su mano y se convirtió en mi introductor en los medios bastante cerrados de una «intelligentsia», que sin él hubiera sido inaccesible a un joven francés.

En adelante, el apartamento de burgués cultivado que habitaban Aranguren y su numerosa familia en la calle Velázquez se convirtió en un punto de llegada obligatorio durante mis estancias en Madrid. Comía en su casa con los suyos y, después de haber comentado en su despacho la actualidad española y francesa, mi anfitrión, persona eminentemente sociable, telefoneaba para facilitarme una entrevista, o bien me hacía invitar a cualquier cena en la que los comensales, a su juicio, merecían ser conocidos. No olvidaré tampoco que Aranguren me llevó a visitar las miserables «chabolas» del «Pozo del tío Raimundo» y me condujo a ver al P. Llanos, jesuita comprometido que vivía en los barrios sórdidos de la capital, demasiado ignorados por los extranjeros.

Mis viajes a Madrid, en 1954-56, me permitieron asistir así, desde el interior, a la lucha diaria entre los dirigentes de la política de apertura y sus numerosos adversarios: tradicionalistas, integristas, miembros del Opus Dei, de los que comenzaba a hablarse mucho, y simplemente franquistas puros y duros. Los dos campos se enfrentaban a propósito de los nombramientos a puestos de alguna importancia, mientras los temas delicados comenzaban a ser abordados por la prensa de una manera velada, frente a una censura al acecho; todo esto me recordaba un poco lo que había vivido bajo Vichy, en 1941-42, al comienzo de mis estudios universitarios. Conocí a la mayor parte de los «falangistas liberales», colaboradores de la revista *Escorial*: Dionisio Ridruejo, José Antonio Maravall, Luis Felipe Vivanco. Constantemente en la brecha para defender a Unamuno y Ortega, expuestos a ataques violentos o acervos —Aranguren fue uno de ellos—, se arriesgaban incluso a evocar, sin pasión, la otra España, la de los escritores e intelectuales del exilio.

A este conflicto mayor se añadía, enseguida me di cuenta, el comportamiento ambiguo de un sector influyente de la «Acción Católica», en torno a los propagandistas, discípulos de Ángel Herrera, quienes se limitaban siempre a un conformismo ideológico timorato, de ahí también las polémicas, estas más aterciopeladas. Muy otro era el estilo que prevalecía en las «Conversaciones católicas de Gredos»<sup>16</sup>. Las personalidades de altos vuelos que participaban en ellas, tuvieron una reunión de estudios en Alcalá de Henares, a la cual pude asistir gracias a Aranguren. Laín, Ridruejo, Díaz del Corral, el propio Ruiz Jiménez estaban allí. Diferentes de la política cotidiana, yo asistía a intercambios de puntos de vista que atestiguaban un perfecto conocimiento del movimiento de ideas en la Europa del momento y

16. N. de la T.: Puede consultarse: QUEREJAZU, Alfonso: *Conversaciones católicas de Gredos*. Madrid: Edica, 1977.

de preocupaciones espirituales auténticas. Yo estaba impresionado, pero también sentía, como lo hará notar más tarde Aranguren en su autobiografía, *Memorias y esperanzas españolas*<sup>17</sup>, que se mantenían verdaderamente demasiado por encima de las refriegas. Es lo mismo que experimentaba un catalán de mi generación, Enrique Boada, que nos acompañó a Alcalá y con el que establecí una relación duradera. Él mismo estaba políticamente comprometido y se inscribiría lo que después sería el «Frente de Liberación Popular», movimiento cristiano de izquierda en el que mis amigos serían numerosos.

Gracias a Enrique Boada y también a Aranguren, uno de los intelectuales madrileños más atentos a lo que pasaba en Cataluña —escribía regularmente en la revista católica avanzada *El Ciervo*, publicada en Barcelona— pude ampliar mi horizonte y logré crearme una preciosa red de relaciones en la capital catalana. Estas relaciones, es evidente, privilegiaban los ambientes católicos. Se estaba en pleno «Nacional-Catolicismo», y pude medir el *peso qué pesaba* sobre la sociedad y cómo los lazos de la Iglesia con el Régimen eran más evidentes que nunca. Acababa de aprobarse el Concordato y los dirigentes franquistas se vanagloriaban de la armonía existente entre la Iglesia y el Estado. Sin embargo, había discordancias, que yo me esforzaba en detectar con celoso cuidado en las crónicas que publicaría en adelante en *La Vie Intellectuelle*, en el transcurso de estos años. Ya se tratara de la «Acción Católica Obrera», o de los excesos de control sobre la prensa religiosa, yo estaba al acecho de las menores divergencias. Hacerse eco de ellas en la revista de los dominicos revelaba mucho más de lo que yo estimaba que era mi papel, tanto más porque esos aspectos político-religiosos de la actualidad española apenas atraían la atención de Francia. En 1955, con ocasión de la muerte de Ortega y Gasset, no dejé de subrayar el encarnizamiento de ciertos teólogos contra él; yo había sido testigo, en directo e *in situ*, testigo directo de las vanas tentativas de éstos de incluir su obra en el *Índice*. Al año siguiente, comentaba las revueltas universitarias que arrastraron al fin de la experiencia Ruiz Jiménez en un artículo, titulado, «Crisis de régimen en España»; por primera vez, pude subrayar el papel del Opus Dei.

## VI

Si frecuentemente abordaba los problemas por el bias religioso, estaba lejos de limitarme a él, y multiplicaba mis lecturas sobre el conjunto del pasado inmediato español. Un libro, leído en su primera versión inglesa, me aportó mucho: *The Spanish Labyrinth*, de Gerald Brenan<sup>18</sup>. Este «amateur» inglés, instalado desde los

17. N. de la T.: ARANGUREN, JOSÉ LUIS L.: *Memorias y esperanzas españolas*. Madrid: Taurus, 1969.

18. BREMAN, Gerald: *The Spanish labyrinth: an account of the social and political background of the Civil War*. Cambridge: University Press, 1943 (*El laberinto español: antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*).

años veinte en el confín de Andalucía, analizaba en él, con gran perspicacia, tanto las modalidades españolas del anarquismo como las cuestiones agrarias. Volví a encontrar esta «España del Sur» en otra obra, la de Jean Sermet<sup>19</sup>, quien en la misma época evocaba los contrastes con la misma inteligente precisión. Mi propia formación geográfica, alimentada por mis peregrinaciones de un extremo a otro de la Península, me condujo a dar la bienvenida, con una recensión laudatoria en *La Vie Intellectuelle*, al *Viaje a la Alcarria*. Camilo José Cela recuperaba un género literario que me era querido y que más tarde ilustrarán, con evidentes intenciones críticas, Juan Goytisolo y tantos otros. De esta forma me interesé cada vez más de cerca por la producción novelística, por esa «novela social», entonces en plena expansión. Leí *La Colmena*, pero también a Sánchez Ferlosio, y a Jesús Fernández Santos. «C. J. Cela y la novela española contemporánea», titulé el artículo que debía publicar en 1958 en la muy prestigiosa revista *Critique*, de la que yo me convertí enseguida en uno de los colaboradores habituales sobre temas españoles. La novela, considerada como documento sobre el estado de una sociedad, me impulsó a remontarme en el tiempo. Me sumergí en Galdós y sobre todo, descubrí maravillado la obra maestra de Clarín. *La Regenta* se encontraba, entonces en España, «debajo del celemín» por motivos político-religiosos, pero yo había descubierto en París una edición argentina. El primero de mis *Cuadernos*, publicado en Madrid, consistiría en un breve ensayo sobre el gran libro de Clarín, pero será preciso esperar a 1964.

Brenan me había permitido comprender mejor las extraordinarias dificultades de la situación española en vísperas de la Guerra Civil. En efecto, yo acababa de terminar mi tesis doctoral en el marco de una disciplina que se desarrollaba rápidamente en Francia, la sociología electoral. Me surgió la idea de aplicar en España un método de investigación que conocía bien, eligiendo el breve periodo republicano de 1931-1936, durante el cual se habían producido consultas electorales significativas. Todo ello exigía vastas lecturas y no lo terminaría hasta muy posteriormente, pero me indujo a frecuentar las librerías especializadas de París, situadas en pleno Barrio Latino, muy cerca del palacio de Luxemburgo, mi lugar de trabajo. Por la tarde al salir de mi despacho, me paraba con frecuencia en la «Librería Española» de la calle de Seine, de la que me convertí en un habitual. Se ha puesto de relieve repetidamente su función de encrucijada hispánica. Antonio Soriano había sabido atraer allí tanto a jóvenes representantes de la joven literatura peninsular como a exiliados de todas las tendencias, instalados en Francia o que viviendo en América estaban de paso por Europa. Así tuve la suerte de encontrar, entre otros, a Alejo

19. Jean Sermet (1907-2003), geógrafo e hispanista francés, especialista en Andalucía, autor de una tesis sobre *L'Andalousie de la Méditerranée, région géographique espagnole* (1969). Fue *professeur honoraire* de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, jefe de misión en el Gabinete del Prefecto de la Región. <http://int.search.tb.ask.com/search/GGmain.jhtml?p2=^UX^xdm018^YYA^es&si=maps4pc&ptb=13FFC81A-F4B6-401B-8D82-D98430EEE7A9&ind=2014042008&n=780bd798&st=bar&searchfor=Jean+Sermet+> (consultado el 30 noviembre de 2016).

Carpentier y, sobre todo, a Max Aub, poco conocido en Francia, del que yo ponderaría sus eminentes dotes de novelista en *Critique*. Manuel Tuñón de Lara era uno de los pilares de la librería, en torno a él se reunía una «tertulia» que llegó a ser una verdadera institución, en la que la izquierda socializante y «comunizante» daba el tono. Francés y no comprometido políticamente, yo permanecía al margen, pero mantenía excelentes relaciones con Tuñón de Lara y con su equipo. La otra librería, instalada en la calle de Monsieur Le Prince, se situaba en otra órbita política. Allí reinaba exclusivamente el espíritu libertario. Pero también allí, el francés curioso de las cosas de España recibía la mejor acogida y encontraba su provisión libresca. Al cabo de los años se multiplicaron mis relaciones con los españoles obligados a vivir en París a causa del exilio. Algunos conocieron una suerte precaria, como el antiguo Secretario General de las Cortes republicanas, a quien, para ayudarle, el Parlamento francés le encargó traducciones modestamente retribuidas, que yo hube de liquidar. Entré también en contacto con el Gobierno republicano instalado en París, lo mismo que con los Vascos, que publicaban un remarcable *Boletín de información* que ellos mismos me proporcionaron. Había encontrado al P. Olaso, alias Canónigo Onaindía, un sacerdote de fuerte personalidad, cuyas emisiones radiofónicas con destino a España mantuvieron una gran audiencia durante largos años; no sobrevivieron a la IV República a pesar de todos los esfuerzos de los «gaullistas de izquierda» alertados en vano por mis inquietudes. Por el contrario, yo ignoraba la Embajada [española] de [la Avenida] Jorge V, de la que no franquearía el umbral más que después de 1975. Pero frecuentaba asiduamente el Colegio de España, del que fue director durante mucho tiempo Joaquín Pérez Villanueva, «falangista liberal», próximo a Laín y a Aranguren.

En este periodo de 1958-60 contemplé cómo España tomaba poco a poco el camino de la modernización económica, tema del que di cuenta en las crónicas que seguía difundiendo periódicamente en diversas publicaciones, entre ellas la revista franco-alemana *Dokumente* y otras publicaciones extranjeras.

Sin ser universitario, hice también una experiencia de enseñante en el marco del «Centro de Investigaciones españolas e iberoamericanas» creado por Mr. Jobit en el Instituto Católico [Universidad Católica de París]. Me encargué de iniciar a los estudiantes en el estudio de la geografía, en el sentido más amplio del término, de un país que tanto había atravesado. Pierre Jobit, autor de una remarcable tesis sobre los Krausistas<sup>20</sup>, antiguo becario de la Casa de Velázquez, conocía a mucha gente tanto en París como en Madrid. Un poco mundano, pero caluroso y de espíritu abierto, mantenía contactos con la Embajada, cuyos representantes

20. N. de la T.: PIERRE Jobit (1892-1972), Historiador de la Iglesia, spécialiste de littératures comparées. En 1936, défend sa thèse sur le philosophe allemand Krause (1781-1832). Auteur de nombreuses publications: *Lecomte de Lisle ou le mirage de l'île natale* (1951), *Sainte Thérèse d'Avila* (1964), *Espagne et hispanité* (1948), *L'Église d'Espagne à l'heure du concile* (1965), *Alexandre VI* (1967). <http://www.academie-angoumois.org/Pierre-Jobit> (consultado el 30 de noviembre de 2016).



frecuentaban las recepciones del Instituto Católico, yo percibía sin sorpresa su obsequiosidad ante el alto clero.

En definitiva, puede percibirse que yo me mostraba ecléctico en mis contactos, aunque no abordaba sin prudencia algunos temas con algunos interlocutores. Era una voluntad deliberada con la que me esforzaba en conservar mi condición de observador crítico, pero que deseaba que fuera sin *a priori* ni exclusivismos. El incansable Ángel Trapero, por razón de sus funciones en la UNESCO, fue para mí durante este periodo el más precioso de los intermediarios. Le debo el haber conocido a Antonio López Campillo, científico libertario de múltiples talentos, que había debido abandonar Madrid después del movimiento universitario de 1956. Con él y con su esposa, Evelyne, joven y brillante profesora de español, se anudaron relaciones de estrecha y confiada amistad que se prolongarán indefinidamente.

## VII

Volvamos al Madrid de los años sesenta, donde yo regresaba frecuentemente. Ya no era un debutante, sino un observador poco reconocido que tenía su red de relaciones. Gracias a Aranguren, una vez más, esta red se amplió notablemente extendiéndose a una importante casa de edición: Taurus, cuyo papel eminente ha sido justamente subrayado<sup>21</sup>. La Banca Fierro, que financiaba Taurus, permitió a sus animadores, obrando con astucia ante la censura e inspirándose en un liberalismo de las más amplias interpretaciones, adoptar una actitud de rechazo de los conformismos y de apertura sobre un mundo sin parangón en el Madrid de entonces. En el campo de las ideas, Taurus publicó a Theillard de Chardin o a Emmanuel Mounier, al mismo tiempo que obras de exiliados notorios, desde Américo Castro a Francisco Ayala. En el campo de la pura literatura, la casa abría ampliamente sus puertas a jóvenes narradores.

El director de Taurus era entonces Francisco García Pavón, escritor y novelista demasiado olvidado hoy. Escribía libros de títulos significativos: *Los Liberales*, *Cuentos republicanos*, inspirándose en un «costumbrismo» modernizado y dulcemente irónico de la mejor ley; «manchego», había llamado a su lado a su paisano, Eladio Cabañero, autodidacta y poeta auténtico. También Jorge Campos trabajaba en Taurus, antiguo «rojo» de una rara cultura, que jamás evocaba sus experiencias posteriores a 1939, pero rendía visita regularmente a los veteranos, Baroja y Azorín, y llevaba los últimos cotilleos del Café Gijón o de la Librería de D. León Sánchez Cuesta. Todos me iniciaron en las pequeñas peripecias de la vida literaria madrileña, yo les encontraba en el entorno, alrededor de las rituales «tapas», al mismo tiempo que a otro pilar de Taurus, Florentino Trapero, que debía convertirse en mi traductor y en el más fiel de mis amigos.

21. Especialmente en el excelente estudio de GRACIA, Jordi: *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el Franquismo (1940-1962)*. Toulouse: Preses universitaires du Mirail, 1996.

En 1958, con los «Cuadernos Taurus» se creó una colección que va a contribuir mucho al renombre de la editorial. Estas monografías de aparición regular, eran más de cien en 1970, se beneficiaron pronto de una larga audiencia entre el público cultivado. Aranguren abrió la serie con un estudio sobre *La Ética de Ortega*<sup>22</sup>, al que siguieron grandes autores, de Jaspers a Mauriac, así como otros españoles, jóvenes y no tan jóvenes, de Tierno Galván a José María Castellet. Historia literaria, ciencias humanas y religiosas, los temas de los *Cuadernos* son muy diversos y manifiestan una preocupación constante de atención a las nuevas corrientes de ideas, llegando tan lejos como lo permitían las imposiciones de la censura. En los *Cuadernos* aparecerá en 1964 mi primer título publicado en España, *La Regenta de Clarín y la Restauración*. Debían seguirle dos más, *Unamuno y la Segunda República*, al año siguiente, y en 1969 un estudio sobre *Cruz y Raya*, la revista de José Bergamín. Releídos hoy, estos tres pequeños volúmenes se revelan un poco rápidos e insuficientemente documentados; al menos tenían el mérito, me parece, de abordar temas que eran poco frecuentemente tratados en la España de entonces...

¿Cómo no evocar la figura del cabeza de filas de «Cuadernos Taurus», Jesús Aguirre? Tuve el privilegio de mantener con él relaciones de amistad muy próxima y de poder seguir el curso de un destino poco común. El que llegaría a ser Duque de Alba era un joven y brillante eclesiástico, él también muy vinculado a Aranguren, que me proporcionó enseguida la mejor acogida. Alumno del Colegio Mayor «César Carlos», que después completaría su formación en Alemania, Jesús Aguirre estaba, al mismo tiempo, lleno de curiosidad por la realidad francesa, las cuestiones que me planteaba lo atestiguaban. Animaba entonces, con el P. Federico Sopeña, la parroquia de la Ciudad Universitaria, y sus sermones dominicales atraían no solamente a estudiantes, sino también a un vasto auditorio ilustrado. Incisivo y seductor, Jesús Aguirre se convirtió en un personaje a la moda, detestado por todos los «Ultras» del Régimen, se había introducido en círculos muy diversos en los que, a continuación, me hizo penetrar liberalmente. Su don de gentes pronto le permitió acceder a la dirección de Taurus, que se convirtió entonces en la editorial de vanguardia por excelencia.

Mientras tanto yo proseguía, en París como en Madrid, mis investigaciones sobre las elecciones a Cortes de 1931, 1933 y 1936, leyendo todo lo que podía encontrarse sobre el periodo. Frecuentaba asiduamente la biblioteca del Ateneo, cuya colección de periódicos me proporcionaba los resultados detallados de los tres escrutinios, desgraciadamente incompletos a veces. En 1963, la Fundación Nacional de Ciencias Políticas pudo publicar en París, un estudio titulado *La Segunda república española (1931-1936). Ensayo de interpretación*. Trabajo que fue considerado pionero. En 1967, revisado y aumentado, será traducido al español y publicado en la «Biblioteca Política Taurus» con un importante «Prólogo» de J. L. Aranguren. Entretanto, Manuel Fraga Iribarne, Ministro de Información, había

22. Publicado en 1958 vería varias reediciones, como en 1959 y 1966.

suprimido la censura previa. A pesar de ello encontramos, en las altas esferas, bastantes dificultades para la publicación de mi libro. Visité a Carlos Robles Piquer, cuñado y colaborador del Ministro, y él me explicó amablemente que era preciso proceder a algunas correcciones, para no herir de frente la susceptibilidad de los militares. Pudo hacerse el acuerdo y la obra encontró pronto su público.

### VIII

De nuevo en Francia, en 1963 nacía una nueva casa editora, a iniciativa de intelectuales exiliados, todos oponentes determinados del franquismo. Su objetivo era publicar una serie de libros que aportaran una contradicción sistemática a la propaganda oficial y, más generalmente, corregir la visión parcial y deformada del pasado reciente español, muy frecuentemente la única accesible del otro lado de los Pirineos. «Ruedo Ibérico» publicó, en efecto, versiones españolas tanto del libro de mi querido Brenan como de la síntesis, bien conocida, de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil. Paralelamente se publicaban volúmenes más combativos que presentaban crudamente las realidades del momento, como el grueso ejemplar titulado *España Hoy*. Prohibidas naturalmente sobre suelo español, las publicaciones de Ruedo Ibérico llegaban a entrar en él clandestinamente y circulaban bastante ampliamente, me parece, en los medios universitarios. El principal animador de Ruedo Ibérico, José Martínez, era un personaje fuera de lo común, áspero, cáustico, y de una rara independencia de espíritu. Remarcable técnico del libro, supo dar una presentación original y cuidada a todo lo que editaba. En absoluto exclusivista en sus elecciones, acogía a los representantes de casi todas las tendencias hostiles al régimen. Este fue el caso, yo creo, del autor de uno de los primeros títulos de Ruedo Ibérico: *El Mito de la Cruzada de Franco*<sup>23</sup>, un hispanista americano afincado en París, el erudito y pintoresco H. R. Southworth, que me hizo conocer a José Martínez y a su grupo. Aun manteniendo sus posiciones militantes, Martínez se acomodó bien a mi celosa libertad de juicio. Me abrió las puertas de *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, revista que pronto publicaría la casa y que reuniría firmas muy variadas. En noviembre de 1965 les di mi primer artículo, consagrado al parlamentarismo español de antes de 1936, tal como lo había evocado, con una perspicaz malignidad en las crónicas del *ABC*, el muy conservador W. Fernández Flórez. Tratándose de una publicación muy comprometida, presumiblemente prohibida en España, y al ser yo funcionario del Senado, la obligación de reserva me condujo a adoptar un seudónimo, yo firmaría como Daniel Artigues, nombre y apellido cuidadosamente elegido para que no pudiera saberse si el autor era francés o español...

23. SOUTHWORTH, Herbert Rutledge: *El mito de la cruzada de Franco: crítica bibliográfica*. Paris: Ruedo Ibérico, 1963.

Debí recurrir de nuevo a este seudónimo, en noviembre de 1967, para otro artículo que apareció en la revista *Esprit* y titulado sin ambages «¿Qué es el Opus Dei?». ¿Cómo había llegado yo a abordar, en una importante publicación francesa, un tema tan delicado? Debo explicarme ahora. En los medios que frecuentaba en Madrid, la «Obra», como se decía, era frecuentemente invocada, con razón o sin ella; se percibía cada vez más su rastro un poco por todas partes. Algún tiempo antes, el año en que fue expulsado de la universidad, Aranguren había afirmado en la misma revista, *Esprit*, que un estudio del Opus Dei, realizado «sine ira et cum studio», y escrupulosamente documentado, contribuiría mucho a un mejor conocimiento de la España de hoy. Decidí temerariamente intentar la aventura, no sin haber pedido consejo al mismo Aranguren y a Jesús Aguirre. El editor, bien oportuno, sería Ruedo Ibérico, con dos versiones, una en francés y otra en español. El texto de *Esprit* preludiva la salida de un libro.

Enseguida me puse a trabajar; por supuesto que se imponía una larga investigación. Se había escrito ya mucho sobre el Opus Dei y debía dedicarme a abundantes búsquedas bibliográficas, tanto en Francia como en España. El objetivo primero de mi investigación era aclarar la acción político-religiosa de la Obra en España desde su fundación; me di cuenta enseguida que no se podía evitar el abordar el Opus Dei en su globalidad, resituando la creación de Mr. Escrivá de Balaguer en el cuadro complejo de las organizaciones de la Iglesia, para subrayar bien su especificidad. Mi tarea no era simple. Además debía realizar entrevistas con personas tan cualificadas como bien informadas. No quiero nombrar más que a una a la que debo mucho: Manuel Jiménez Fernández. El antiguo líder de la derecha «cedista», Ministro de Agricultura bajo la República y reconocido especialista en Bartolomé de las Casas, enseñaba después de muchas dificultades en la Universidad de Sevilla. Más demócrata cristiano que nunca, era un adversario determinado del franquismo, en general, y del Opus Dei, en particular. Vituperaba al régimen incluso en los espacios públicos, de una manera insólita para la época, hasta el punto de inquietar a sus estudiantes, que le adoraban. Me abrió ampliamente su documentación y mantuvimos conversaciones prolongadas. Vi también a antiguos miembros de la Obra, como José Vidal Beneyto. Evitaba, acaso equivocadamente, tomar contacto con representantes del Opus, tanto en Francia como en España, de tal forma se me había advertido que mis cuestiones no recibirían más que respuestas evasivas o estereotipadas. Todo esto cristalizó en un libro del que aparecieron dos ediciones sucesivas, la primera en una versión francesa y otra edición española, en 1968, la segunda, revisada y aumentada, solamente en español en 1971. Cuando retomo, casi treinta años después, este volumen de 250 páginas, cargado de referencias, dedicado a «José Luis Aranguren, español ejemplar», experimento sentimientos compartidos. Me había supuesto mucho esfuerzo y, a pesar de las prohibiciones, pudo hacerse su difusión entre los lectores españoles sin demasiados problemas. La acogida fue favorable entre los sectores de opinión reticentes al Régimen. Por el contrario, el Opus Dei observó un silencio total, evitando mencionar la existencia del libro, actitud que se ha mantenido hasta el momento

presente. Ciertamente yo había adoptado una perspectiva deliberadamente crítica, pero sin excesos polémicos, creo, aunque, en la época, los adversarios encarnados de la «Santa Mafía» me acusaran incluso de complacencia. En todo caso, al escribir en 1999, tiendo a insistir sobre el hecho que, a la hora actual, el Opus no es ya lo que era hacia los años 1970 y que me guardaría hoy de formular cualquier juicio global respecto a él. Pienso también que fue un error metodológico el haber querido descifrar los estatutos sucesivos de la «Obra», y más aún el haberme atrevido a la arriesgada tarea de caracterizar su religiosidad propia. Un segundo error, fundamental, deriva de la comparación, excesiva y que tenía siempre en mi mente, entre el Opus Dei y la Institución Libre de Enseñanza.

Siguiendo de cerca la incesante lucha de influencia por la conquista de las cátedras universitarias, por el control del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y del Ateneo, impresionado por la fundación de la Universidad de Navarra, yo había dedicado la mayor parte al Opus Dei como una especie de «Contra Institución», de inspiración estrictamente católica, que intentaría sustituir a las creaciones de Francisco Giner de los Ríos. Estimo ahora que el Opus Dei no ha querido o no ha podido emprender tal operación. Sus esfuerzos se dirigieron pronto, y con éxito, hacia otro campo, el de la política económica y de la alta administración. Ullastres, López Rodó, tan influyentes en la vida pública se impusieron a Suárez Verdeguer, a Albareda o a Pérez Embid, que pasaron a un segundo plano. Permanecen, como bien ha querido escribírmelo Aranguren al fin de su vida, los capítulos destinados a las ambiciones universitarias e intelectuales del Opus Dei entre 1950 y 1960, que siguen siendo completamente válidos, pues están documentados de primera mano. Me quedaré aquí y tornaré la página.

## IX

La preparación del libro del Opus Dei no me impidió continuar informando sobre la actualidad política y literaria de España en diversas publicaciones francesas, entre ellas, *Signes du temps*, la revista de los dominicos que sucedía a *La Vie Intellectuelle*, en *La Quinzaine littéraire*, e incluso en *Le Monde*, con un artículo, entre otros, en este periódico, dedicado a Juan Goytisolo, estrella ascendente de las letras españolas y que tuvo la suerte de ser traducido rápidamente.

El año 1963 había presenciado la reaparición en Madrid de la prestigiosa *Revista de Occidente*, donde, en torno a los discípulos de Ortega, se reencontraron muchas firmas conocidas. Yo envié varias reseñas y notas de lectura a la revista y fui bien acogido en la calle Bárbara de Braganza por los discípulos del maestro, quienes manifestaban una ideología liberal que emergía prudentemente a la superficie. Todavía pude visitar a uno de los representantes de esa corriente de pensamiento que pertenecía a la generación precedente: Ramón Pérez de Ayala. Envejecido y olvidado, de influencia anglosajona, después de un itinerario político sinuoso parecía volver a sus convicciones de antaño, y había firmado uno de los manifiestos de los intelectuales contra las violencias policiales, numerosas

y significativas durante estos años. Por otra parte es conocido que, en 1965, la solidaridad que manifestó Aranguren hacia las asambleas de estudiantes le valió la expulsión de la universidad, junto a otros profesores. Esta sanción, y las consecuencias de todo orden que supuso para los suyos, reforzó aun nuestros vínculos. Recuerdo también encontrarme en Madrid durante uno de los numerosos arrestos de Dionisio Ridruejo, todavía me acuerdo del piso de la calle Ibiza invadido por una muchedumbre de amigos que se esforzaban en apoyar a Gloria Ros, la esposa del antiguo jefe falangista, convertido en uno de los líderes de la oposición.

Fuera de España, yo permanecía atento a la escuela histórica que se constituía en Oxford en torno a Raymond Carr y que renovaba nuestra visión de la España atormentada y desgarrada de los siglos XIX y XX. Para dar a conocer al público francés el gran libro de Carr, en 1969 publiqué una larga presentación de la obra en dos números sucesivos de *Critique*. Carr reconocía su deuda con Brenan en todo lo referente a las clases populares. Además, un encargo de editor me permitió aportar mi modesta contribución a la historia social de los cien últimos años bajo la forma de un pequeño volumen titulado *Anarchistes d'Espagne*, publicado en 1970. Este sobrevuelo rápido era ampliamente deudor de las fuentes literarias, de Baroja a Victor Serge y a George Orwell, y se benefició de la preciosa ayuda de mi viejo amigo Gilles Lapouge, periodista y escritor, quien firmó el libro conmigo. Se encontrará en él la elegancia de la pluma del coautor. En 1971 este ensayo de «psicología histórica» pudo ser traducido al español y apareció en una colección de bolsillo. Ha sido muy leído, me han dicho, sin duda porque abordaba, superficialmente quizá pero sin pasión, un tema hasta entonces «reservado».

A decir verdad, mi interés por el pasado reciente de España se dirigía cada vez más hacia las vicisitudes del liberalismo burgués, bajo sus diferentes formas, ya fuera moderado o avanzado. Se comprenderá que, desde su aparición, comprara en París los gruesos volúmenes de las *Obras Completas* de Manuel Azaña, que Juan Marichal<sup>24</sup> pudo hacer editar en México, enriqueciéndolas con comentarios todavía hoy irremplazables. Fue una verdadera revelación, y la figura que encarnó mejor que nadie la República de los años 1931 a 1936 se convirtió para mí en uno de los temas mayores de reflexión y de estudio. Volveré sobre ello. Por otra parte, desde 1970 y por iniciativa de Manuel Tuñón de Lara se realizaban encuentros anuales franco-españoles de especialistas de la España moderna, en Pau, en una perspectiva interdisciplinar que iba de la historia económica hasta la de las ideas políticas o de la cultura. Estos encuentros tuvieron un gran éxito y se beneficiaron de una creciente audiencia. Participé regularmente en ellos desde 1973, lo que implicó consecuencias benéficas para mí que debo señalar. Hispanista, «fuera del molde», mantenía pocas relaciones con el mundo universitario, exceptuando a Pierre Vilar que me había animado en mis trabajos en varias ocasiones. En Pau pude tomar

24. Editorial Oasis, 1966-1968.

contacto tanto con el ala comercial del hispanismo francés como con los docentes españoles jóvenes y frecuentemente con la promesa de un brillante porvenir.

Fue mi amiga Évelyne López Campillo la que me introdujo en Pau. Su esposo, Antonio, nos acompañaba, no era historiador pero su pasado de militante y sus posiciones inconformistas se conjugaban con un profundo conocimiento del marxismo, dotes que hacían de él un interlocutor a veces contestado pero siempre escuchado. Participaba en las sesiones de trabajo, pero sobre todo en las discusiones que se prolongaban por la noche en las braserías de Pau; su verbo apasionado y su habilidad dialéctica nos maravillaban allí en el curso de los torneos oratorios cordiales que se prolongaban a veces hasta muy tarde. Entre los españoles que encontré en Pau no retendré más que un nombre, el de José Carlos Mainer, el futuro autor de *La Edad de Plata*, convertido hoy en el especialista incontestado de las relaciones entre literatura y sociedad. Precisamente el terreno de investigación que abordamos en Pau Évelyne López Campillo y yo al presentar una comunicación en común sobre «La radicalización de los Intelectuales en el trascurso de 1933-1936», que anunciaba el librito que firmamos los dos, en 1978, *Los Intelectuales y la Segunda República*.

## X

Entretanto, con grandes esfuerzos, sobre los que no tenemos tiempo de detenernos aquí, el franquismo atenuaba sus obstáculos en materia de libertad de expresión. De ello son prueba la aparición de nuevas revistas, entre las que baste mencionar *Cuadernos para el Diálogo* o *Triunfo*, ambas con un plan ideológico de fondo muy distinto. Además podían publicarse testimonios de notable importancia política, como el de Gil Robles, *No fue posible la paz*, del que hice una reseña severa en los «Cuadernos de Ruedo Ibérico». Poco a poco se instalaba un ambiente de fin de régimen, que yo señalaba en las crónicas que publicaba en el diario católico *La Croix*, mientras continuaba informando de la vida del mundo de las letras en *Critique* y *La Quinzaine Littéraire*. En resumen y lo escribo sin ninguna vanidad, disponía entonces de una audiencia bastante ampliamente reconocida, tanto en París como en Madrid. Es más y lo recuerdo por simple gratitud retrospectiva, los dirigentes de Taurus llegaron a organizar una especie de cena-homenaje en un salón particular del «Lhardy», en la que se encontraban entre otros, Pedro Laín, José Antonio Maravall y el afectuoso P. Federico Sopena.

No por ello escapé a los ataques personales. Hay uno sobre el que me tomo la libertad de volver, porque sobrepasa mi propio caso. En *Triunfo*, el órgano llamémosle de «oposición», sin duda el más leído, José Bergamín la emprendió enérgicamente conmigo. Yo le había visitado desde su primer regreso del exilio, en 1968, y todo transcurrió perfectamente; poco después yo publiqué un «Cuaderno Taurus» sobre *Cruz y Raya*, la primera monografía sobre una de las revistas más significativas de los años republicanos, que Bergamín había fundado en 1933. Yo había enviado también una nota elogiosa a *La Quinzaine Littéraire*, dando cuenta

de una colección de textos traducidos al francés con un prefacio de Malraux. Pero con ocasión de la publicación de una *Antología de «Cruz y Raya»*, Bergamín, en una entrevista publicada en *Triunfo* en julio de 1974, vertía juicios severos hacia mi libro de 1969. Estaba en su derecho, pero se pasaba de tono, tratándome de hombre de despacho, que no tenía más que una cultura libresca de España —escribía él— semejante a la de tantos franceses eruditos que generalizan sin tener contacto con la realidad. Le repliqué ásperamente en el número de *Triunfo* del mes de septiembre, recordando mis numerosas estancias más allá de los Pirineos. Bergamín volvió aún más a la carga en octubre, siempre en *Triunfo*, y la emprendió contra la vanidad del conjunto de los «hispanistas», sobre todo los que, como yo, no eran más que «amateurs» que ni siquiera enseñaban en una universidad. Toda esta polémica me resulta ahora lejana y bien fútil. Hubiera debido acordarme en la época que la rabia Bergamín se dirigía a un próximo de Aranguren y que, evidentemente, los dos hombres no se querían bien<sup>25</sup>.

## XI

Pero la figura que me atraía cada vez más era la de Manuel Azaña. Tuve la suerte de descubrir, en un vendedor madrileño de libros viejos («buquinista»), un ejemplar gastado del libro, bastante extraño, que en 1932 le había consagrado Ernesto Jiménez Caballero<sup>26</sup>. En julio de 1974 publiqué un largo estudio sobre esta obra, entonces muy olvidada, en una nueva revista muy abierta y de alto nivel, *Sistema*, dirigida por uno de los mejores conocedores del movimiento de ideas en la España contemporánea, mi amigo Elías Díaz. Era mi primer trabajo sobre Azaña, que sería seguido por otros varios. Deseo detenerme sobre las motivaciones jamás desmentidas de mi fervor «azañista».

He adquirido las principales obras de Azaña y continúo coleccionando los artículos que le conciernen. Hay muchas razones para ello, algunas son personales. Me he interesado desde el comienzo de mis estudios universitarios por el

25. En 1974 el redactor jefe de *Triunfo* se llamaba Víctor Márquez Reviriego. Con ocasión de un Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Madrid un cuarto de siglo más tarde, tuve la sorpresa de leer en el *ABC* del 10 de julio de 1998, firmado por la pluma del propio Márquez Reviriego, sutil conocedor y cronista de los medios políticos y parlamentarios, un homenaje a los hispanistas, en general, y al veterano signatario de estas líneas en particular... N de la T.: Como hemos recordado la publicación en francés de este mismo artículo que aquí traducimos se acompaña de un «Appendice», que incluye: «Cesar Alonso de los Ríos, “José Bergamín y su *Cruz y Raya*”, *Triunfo*, n.º 615, 13 juillet 1974, p. 37, interview dans laquelle l'écrivain s'en prend à Jean Bécarud dans ces termes», «La réponse de Jean Bécarud: “Bécarud y *Cruz y Raya*”, *Triunfo*, n.º 625, 21 septembre 1974, pp. 54-55»; y «Réplique de José Bergamín, *Triunfo*, 12 octobre 1974, p. 55», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 50, 2015, *op. cit.*, pp. 350-352. Con este material, el lector español puede comprender mejor la polémica a la que se refiere Bécarud en su autobiografía.

26. JIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO: *Manuel Azaña (Profecías españolas)*. Madrid: Ediciones de La Gaceta Literaria, 1932. Reedición con un Apéndice de Jean Bécarud, Madrid: Turner, 1975.



problema de las relaciones, diversas y complejas, entre el mundo de las letras y el de la política; Albert Thibaudet, el gran crítico de la *Nouvelle Revue Française*, se refería frecuentemente a él en sus célebres «Reflexiones», publicadas mensualmente hasta su muerte en 1936, que yo había leído con pasión<sup>27</sup>. Más tarde, mi oficio de bibliotecario del Senado, me ha hecho vivir en el corazón del mundo parlamentario y me ha impulsado a frecuentar constantemente a personalidades políticas de todos los orígenes y de todos los partidos. Con Azaña me encontraba en presencia de un caso excepcional: el de un hombre de letras hasta los tuétanos que se imponía, de golpe y con ocasión de un cambio decisivo, en la vida pública de su país. Su personalidad no solamente, revelaba cualidades oratorias poco comunes, más aún, este arquetipo de intelectual conquistado por la política, llegado al poder se imponía un cometido sin equivalente, que yo conozca, en los gobiernos europeos de la época. Desde el verano de 1931, Azaña, Ministro y después Presidente del Gobierno, casi cada noche se dedicaba a anotar sobre el papel lo que había sido su jornada; casi cada noche, el hombre público, como lo destaca justamente Marichal, se transformaba en memorialista y cronista, un cronista minucioso, mordaz, que aclaraba el reverso de la vida política sin contemplaciones con nadie. Publicados primero parcialmente, los *Diarios* de Azaña son completamente accesibles hoy, como es sabido. Desde su primera aparición, me lancé sobre ellos con un inmenso interés. Leyéndolos, me he convertido en una suerte de especialista francés en «azañismo», con unos trabajos que fueron bien acogidos por el primero de entre ellos, Marichal, y por los colegas españoles. Pero todos mis estudios ulteriores sobre Azaña, por ejemplo el consagrado a *Fredesval*, su gran novela inacabada, se publicaron ya en otra España, la de la democracia reencontrada; fueron publicados después de 1975 y de la muerte de Franco. Por esta última circunstancia, *La Croix* me encargó el artículo necrológico de éste, y mi largo balance de la carrera del Caudillo, sin la menor complacencia, fue firmado, por última vez, por Daniel Artigues.

## XII

Esta relación, que he querido sincera y completa, de mi pasado de hispanista se remonta a orígenes lejanos, pero se detiene en 1975, y debo explicarme. Con la perspectiva del tiempo, yo he sido consciente de haberme beneficiado, hasta esa fecha, de lo que en francés podría llamarse una «rente de situation». De nacionalidad no española, celoso hasta el extremo de mi libertad de juicio,

27. Albert Thibaudet (1874-1936) es un crítico literario francés muy apreciado en el periodo de entreguerras, que escribió para *La Nouvelle Revue française* desde 1912 hasta su muerte. Influidor por el bergsonismo, él acuñó la famosa expresión «la république des professeurs». René Rémond voit en lui «le fondateur de l'histoire des idées politiques». <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/thibaudet.htm>; <http://www.universalis.fr/encyclopedie/albert-thibaudet/> (consultados el 30 de noviembre de 2016).

pudiendo escapar tanto a las exigencias de una carrera universitaria como a las obligaciones de un profesional de la escritura, mi posición ha sido finalmente singular. He podido hacer uso de mi pluma para dar cuenta con total independencia de lo que veía —o de lo que leía— interpretando a veces el papel de los precursores. Todo ello, mientras los españoles que vivían en España padecían coacciones muy duras, que no se aplacaron más que progresivamente y no desaparecieron completamente hasta 1975 y con la muerte de Francisco Franco. He continuado después con mis actividades de hispanista pero sin beneficiarme de esta especie de estatuto privilegiado en relación a los españoles del interior, que han encontrado desde entonces la plena normalidad democrática. Fue, pensando en esos españoles, y también en los otros, los del exilio, por los que yo escribí estas páginas. Tengo la impresión de pagar una parte de mi deuda para con ellos, pues soy deudor de muchas cosas y a muchas gentes, tan diversas como eran diversas mis perspectivas sobre su país.

Es un lugar común, o un ejercicio obligado, el poner de relieve las diferencias inmensas que existen entre la España de hoy y la de la primera mitad de siglo. Sin embargo, no es preciso oponer de una forma simplista lo que había sido la España de Unamuno y la que llegaría a ser la España de Almodóvar. ¿Quieren un solo ejemplo? En el campo que me es más familiar, el de los confines de la historia política y de la historia cultural, la calidad y la variedad de lo que se ha publicado en España con ocasión del Centenario del 98 testimonia bien una permanencia en la vitalidad<sup>28</sup>.

Jean Bécarud

### 3. BIBLIOGRAPHIE DE JEAN BÉCARUD<sup>29</sup>

Paul Aubert

#### *Libros*

*Esquisse d'une géographie électorale du Parti Communiste Français entre les deux guerres (1920-1939)*. Thèse de doctorat d'Histoire sous la direction d'Ernest Labrousse. Université de la Sorbonne, 1952.

*La Deuxième République espagnole*. Paris: Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1963 (trad. española de Florentino Trapero, *La Segunda República española. 1931-1936*. Ensayo de interpretación, pról. de José Luis L. Aranguren. Madrid: Taurus, 1967).

28. Traducción: Josefina Cuesta.

29. Esta bibliografía no es exhaustiva. No se mencionan las crónicas aparecidas en revistas como *La Vie intellectuelle* y *Signes du temps*, de fines de los años 1950, ni las del diario *La Croix*, a fin de los años 1970.

- «*La Regenta*» de «*Clarín*» y *la Restauración*. Trad. española de Teresa García Sabell. Madrid: Taurus, 1964, 42 pp.
- Miguel de Unamuno y la Segunda República*, trad. española de Florentino Trapero. Madrid: Taurus, 1965, 65 pp.
- Pseud. Daniel Artigues: *L'Opus Dei en Espagne: son évolution politique et idéologique*. Paris: Ruedo Ibérico, 1968. Trad. española de Florentino Trapero, *El Opus Dei en España. 1928-1962*. Paris: Ruedo Ibérico, 1968, 171 pp.
- Cruz y Raya (1933-1936)*. Madrid: Taurus, 1969, 58 pp.
- Anarchistes d'Espagne* (en collaboration avec Gilles Lapouge). Paris: Balland, 1970, 164 pp. Trad. española, *Los anarquistas españoles*. Barcelona: Anagrama-Laia, 1972, 153 pp.
- De La Regenta à l'Opus Dei* (1977). Trad. española de Florentino Trapero, *De la Regenta al «Opus Dei»*. Madrid: Taurus, 1977, 136 pp.
- Los intelectuales españoles durante la Segunda República* (en colaboración con Évelyne López Campillo). Madrid: Siglo XXI, 1978, 184 pp.
- Sous la direction de Jean Simon et de Jean Bécarud: *Dictionnaire des parlementaires français: notices biographiques sur les parlementaires français de 1940 à 1958*, rédigées par Frédéric Barbier, Alain Bergougnieux et Christophe Charle, tome 1, Service des archives de l'Assemblée nationale. Paris: la Documentation française, 1988.
- Sous la direction de Jean Simon et de Jean Bécarud: *Dictionnaire des parlementaires français: notices biographiques sur les parlementaires français de 1940 à 1958*, rédigées par Frédéric Barbier, Alain Bergougnieux, Pierre Casselle *et al.*, tome 2, Service des archives de l'Assemblée nationale. Paris: La Documentation française, 1992.
- Maurice Barrès et le parlement de la Belle Époque. 1906-1914*. Paris: Plon, préface de François Goguel, 2003, 217 pp.

### Artículos

- «L'évolution de M. Daniel Halévy», *Critique*, n.º 40. Paris: éditions de Minuit, septembre 1949, pp. 812-822.
- «La noblesse dans les Chambres sous la monarchie censitaire (1815-1848)», *Revue internationale d'histoire politique et constitutionnelle*, n.º II, 1953, pp. 189-205.
- «Le problème espagnol d'après quelques livres récents», *La Vie Intellectuelle*. Paris: éditions du Cerf, juin 1953.
- Recension de Roger Labrousse, *Introducción a la filosofía política* [Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1953, 332 pp.], *Revue française de Science politique*. Paris: Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1954, vol. 4, n.º 2, p. 410.
- «L'Église et les libertés en Espagne», *La Vie intellectuelle*. Paris: éditions du Cerf, avril 1955, p. 63.
- «Tradition et renouvellement dans le roman espagnol contemporain», *Critique*, n.º 135-136. Paris, 1958, pp. 709-719.
- «Note [sur] El Laberinto mágico, 1, 2, 3 [de Max Aub]», *Critique*, n.º 199. Paris: éditions de Minuit, décembre 1963, pp. 1106-1108.
- Pseud. Daniel Artigues: «Una anatomía del parlamentarismo español. Las crónicas de Wenceslao Fernández Flores (antes de 1936)», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 3. Paris, octubre-novembre 1965.
- «El liberalismo provinciano» (recensión de dos novelas de F. García Pavón), *Revista de Occidente*, n.º 39, avril-juin 1966.

- Pseud. Daniel Artigues: «Qu'est-ce que L'Opus Dei?», *Esprit*, novembre 1967. Paris, pp. 707-743.
- «Permanences espagnoles de Ferdinand VII à Franco», *Critique*, n.º 265-266, juin-juillet. Paris: Éditions de Minuit, 1969, pp. 551-574, pp. 657-672. (Recension de Raymond Carr, *Spain 1808-1975*).
- Contribution à *The Catholic Church Today: Western Europe*. Matthew Anthony MA Fitzsimons. University of Notre Dame, 1969.
- «La acción política de Gil Robles. Reflexiones a propósito de un libro (*No fue posible la paz*)», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 28-29. Paris, décembre 1970-mars 1971.
- Recensión de Jacques Georget, *Le franquisme, histoire et bilan, 1939-1969* (Paris: éd. du Seuil), *Critique*, n.º 286. Paris: éd. de Minuit, mars 1971.
- «Les exigences du sacré», *La Quinzaine littéraire*, n.º 146, 1er août 1972 (sur José Bergamín, *Le Clou brûlant*).
- «Noblesse et représentation parlementaire. Les députés nobles de 1871 à 1968», *Revue française de science politique*, année 1973, vol. 23, n.º 5, pp. 972-993.
- «L'éclipse de l'Opus Dei», *Le Monde Diplomatique*, février 1974.
- «Martín Santos et le roman espagnol contemporain», *La Quinzaine littéraire*, n.º 213. Paris, 1er juillet 1975.
- «Sobre un libro obligado<sup>30</sup>, *Manuel Azaña. Profecías españolas*, de Ernesto Giménez Caballero», *Sistema*, n.º 6, 1974, pp. 73-88. Sirve de postfacio à Ernesto Giménez Caballero: *Manuel Azaña, Profecías españolas*. Madrid: Turner, 1975, pp. 209-227.
- «À l'heure où l'Espagne se trouve à un tournant» Essais (politiques) Histoire pays (Espagne, Portugal). *La Quinzaine Littéraire*, n.º 250, 16 février 1977 (sur Edouard Bailby, *L'Espagne vers la Démocratie*).
- «El ocaso de la sangre azul: las figuras sociales de la nobleza, de la Restauración a la caída de la monarquía (1875-1931)», *Historia 16*, n.º 27. Madrid, 1978, pp. 49-63.
- «Église et politique dans l'après-franquisme (1975-1978)», *Pouvoirs*, n.º 8. Paris: PUF, 1979, pp. 39-46.
- «Una novela inacabada de Manuel Azaña: *Fresdeval*», Azaña, Vicente Alberto Serrano y José M.ª San Luciano (eds.), Alcalá de Henares: Fundación Colegio del Rey, 1980, pp. 355-372.
- «La nobleza española desde Alfonso XII hasta 1931: presentación de conjunto y comparación con otras aristocracias europeas». En: *Les élites espagnoles à l'époque contemporaine*. Pau: Université de Pau, 1984, pp. 59-82.
- «Una segunda lectura de "La Regenta"», *Ínsula*, n.º 451. Madrid, 1984, p. 5.
- «Unamuno, introductor de España: Releyendo *Andanzas y Visiones españolas*», *Volumen-homenaje a Miguel de Unamuno* publicado bajo la dirección de D. Gómez Molleda. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1986, pp. 29-55.
- «Politique de Thibaudet. D'après des extraits de ses "Réflexions" sur les événements et l'histoire», *Commentaire*, n.º 47, automne 1989, pp. 563-572 et n.º 49 printemps 1990, pp. 137-143.
- «El papel de Azaña en la reconstrucción de una moral cívica» (en colaboración con Évelyne López Campillo), *Ínsula*, n.º 526. Madrid, 1990, pp. 10-11.

30. En la Separata que tengo, el autor ha corregido el adjetivo por «olvidado».

- «Manuel Azaña: Esbozo de un hombre político». En: Mercedes Samaniego Boneu, Valentín del Arco López (eds.): *Historia, literatura, pensamiento*. Universidad de Salamanca-Narcea, 1990.
- «Barrès et l'Espagne dans *Mes Cahiers*». En: André Guyaux, Joseph Jurt et Robert Kopp (eds.). Paris: Lib. Honoré Champion, 1991, pp. 233-240.
- «Eugenio d'Ors: ¿precursor y diferente?», *Ínsula*, n.º 563, 1993, pp. 19-20.
- «La voz autobiográfica de Julián Zugazagoitia en “Guerra y vicisitudes de los españoles” (en collaboration avec Evelyne López Campillo), *Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura*, n.º 29, 1997, pp. 99-102.
- «Espagne: le prix de l'intégration occidentale» *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n.º 48. BDI, Université de Nanterre, oct-déc. 1997, pp. 14-20.
- «Les “modérés” à travers les réflexions d'Albert Thibaudet dans la NRF», (en colaboración con Michel Leymarie), *Les modérés dans la vie politique française*, François Roth (dir.), Presses universitaires de Nancy, 2000, pp. 317-330.
- «Miguel de Unamuno (1864-1936) et la France religieuse», *Littérature et crise religieuse en Espagne*. En: Béatrice Fonck (éd.), Villeneuve d'Ascq: Presses universitaires du Septentrion, 2000, pp. 87-94.
- «El itinerario de un hispanista en época de Franco», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 39, 2000, pp. 39-62.
- «Jean Cassou y Unamuno a través de su correspondencia», *Catalogue de l'exposition Jean Cassou y sus amigos*. Madrid: Centro Cultural Conde Duque, Madrid, Brizollis, 2001, pp. 35-43.
- «Las Españas de Maurice Barrès», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 32-36. Aix-en-Provence: PUP, décembre 2003, pp. 179-198. Nouvelle publication, *Elements*, Madrid, n.º 74, août 2014, pp. 60-69.
- «Les traductions de Péguy en Espagne», *Bulletin d'informations et de recherches*, n.º 104. Amitiés Charles Péguy, 2003, pp. 379-383.
- «Rémusat, Royer-Collard et Tocqueville», *Commentaire*, vol. 31, n.º 121, printemps 2008, pp. 181-190.
- «En feuilletant les Memorias de José Maria de Sagarra» [José María de Sagarra, *Memorias*. Barcelone: Editorial Noguer, 1957, 760 pp.], *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [revista on-line, université de Paris X-Nanterre], 2-2008.